



Los dos jóvenes dulzaineros acompañados de Francisco Gracia, «el Bastero».

LAGUARDIA. (De nuestro corresponsal, B. C.)

—¿De dónde serán esos?

—Pues de Laguardia, mujer. No ves que va el Bastero con ellos.

—Pero los otros, quiénes son?

—Uno es el hijo del Pavoni y el otro el de Primi. Que, por lo visto, están aprendiendo a tocar la gaita.

—Pues qué bien tocan para ser tan jóvenes. Menos mal que hay alguno que tiene un poco de afición e interés.

Esta conversación, de la que fuimos testigos, se desarrollaba de balcón a balcón entre dos mujeres en la mañana del día 15, el pasado domingo. Concretamente eran las nueve y media. La hora ya había sido señalada de antemano como la hora «H», en la que iban a hacer su presentación oficial los futuros gaiteros de Laguardia. No podían ocultar su nerviosismo, por ser la primera vez. Tampoco podían ocultar su satisfacción al haber logrado lo que un día se habían propuesto. El Bastero aquel día rebozaba satisfacción.

#### A MODO DE RECUERDO

Resultaría muy largo de contar la tradición que la dulzaina ha tenido siempre entre los laguardienses. Los premios que han ganado. Los méritos a que se han hecho acreedores los dulzaineros de Laguardia.

Pero resulta muy breve de contar que en Laguardia desde hace dos años no había dulzaineros. La retirada de Jesús había dejado a Laguardia sin «sus gaiteros». El pasado año, el 23 de mayo, día en que se celebró por vez primera el día del dulzainero, todo fueron promesas, todo ilusiones. Pero estas no tardaron en abortar. Quedó demostrado en el «II Día del Dulzainero», que se celebró en mayo de este año. Hubo gaiteros de todos los lugares. Pero faltaron

los gaiteros de Laguardia. No se había hecho nada de todo lo que se había prometido el año anterior. Y aquello pesaba en el ambiente y pesaba en el pueblo. Este año, por no haber, no hubo ni promesas. El futuro de la dulzaina en Laguardia parecía avocado a su desaparición. Pero el día 15 de agosto de 1976 los laguardienses volvieron a recobrar de nuevo las esperanzas. Se volvía a oír por las calles las dulzainas de Laguardia, con otro sonido, con otro aire, con otros intereses y, sobre todo, con otras ilusiones.

#### «SI ALGO TENEMOS ES AFICIÓN»

Han terminado ya su pasacalles. Han pasado la prueba y han salido muy airoso. En su cuartel general —el Bar Pavoni— los abordamos para cambiar impresiones. El Pavoni está orgulloso. Aquí hay madera, dice.

Les dejamos que refresquen la «pepita» con «alzadas» de porrón y se prestan a dialogar.

—¿Por qué?

—Pues porque al ver que en el «II Día del Dulzainero» Laguardia no tenía ninguno, se nos ocurrió empezar a interesarnos en ello. Si algo tenemos de sobra es afición. Y así empezamos a ensayar.

—¿De dónde habéis sacado los instrumentos?

—Nos los ha prestado el Ayuntamiento. Eran gaitas y tuvieron que mandarlas a ponerles llaves para que fuesen como las dulzainas.

—¿Y cómo son?

—Pues, la verdad, son malas, viejas y ex-

cesivamente duras. Pero para empezar tenemos que arreglárnoslas como podemos.

«EL BASTERO ES EL QUE NOS HA AYUDADO DE VERDAD»

La gaita, de todos es conocida, tiene un sonido chillón, vibrante. Por tanto, su afinación resulta mucho más difícil. Para ello es imprescindible la dirección de un técnico en la materia, es decir, de un auténtico gaitero. Por eso les hemos preguntado qué gaitero les ha enseñado.

—El que nos ha ayudado desde el principio y todos los días ha sido el Bastero. El nos ha compuesto las dianas que debíamos tocar. Nos ha enseñado a afinar y llevar el ritmo. Todo se lo debemos a Paco García, tamborilero mayor de Laguardia.

—¿Y los gaiteros de Laguardia no os han ayudado?

Y como la pregunta parece que les ha cogido de sorpresa, comienzan a hablar de otras cosas. Insistimos en la pregunta, pero sin respuesta.

«NO SABEMOS COMO DEBEN SER LAS PITAS»

—Dificultades para aprender?

—Sí, porque no sabemos nada de cómo deben ser las pitas que mejor nos puedan resultar. Gracias a los «Iru-Bat», de Vitoria, hemos conseguido pitas más adecuadas. Además, ellos se han interesado mucho por ayudarnos.

—¿No hay dulzainas buenas?

—No. Los gaiteros que las tienen no quieren dejarlas ni venderlas. Por eso tenemos que intentar encontrarlas fuera. Lo que ocurre es que ni siquiera sabemos dónde se fabrican.

—¿Por qué dulzaina y no gaita?

—Pues porque suena mejor. Y siempre ha sido el instrumento de Laguardia por excelencia.

A continuación hablamos con Francisco Gracia, «el Bastero». También él está tan satisfecho como sus discípulos. El les da el tono, les escribe la música, les enseña a no perder el compás. Y, sobre todo, les anima cada vez que se equivocan. La próxima vez saldrá mejor. Y vuelta a empezar.

«TIENEN MUCHO MERITO»

—¿Por qué esto, Paco?

—¿Por qué va a ser? Por afición. He tocado siempre con los gaiteros y y la afición queda.

—¿Pero tú eres gaitero?

—No soy. Pero si no hay otros que les quieran enseñar... Además, siempre queda algo y me las apañeo bien para copiar música para dulzaina y por eso me he prestado si les hacía falta incondicionalmente.

—¿Y qué tal van sus discípulos?

—Pues a pesar de los malos instrumentos y del poco tiempo que han tenido, han progresado mucho. Resulta muy difícil tocar estas gaitas.

—¿Lo más difícil?

—Lograr la afinación. Son instrumentos chillones y cuesta más. Esto es cosa de tiempo, afición y mucho interés por aprender.

—¿Lo tienen sus discípulos?

—Desde luego. Afición les sobra. Y tienen un gran mérito tocar en estas condiciones y sin ningún gaitero especialista que les haya enseñado. El mérito es, por tanto, doble.

—¿Pueden llegar a tocar bien?

—En este plan que llevan pueden tocar en un año estupendamente. Si llegaran a encontrar mejores pitas y, sobre todo, dulzainas en condiciones, su aprendizaje sería todavía más rápido.

—¿Entonces vas a seguir con ellos?

—Pues qué hacer... Mientras les haga falta o les pueda ayudar, saben que lo haré. Como veo que tienen afición...

En eso no se equivoca. Les hemos visto ensayar varios días en el almacén del bar. Hemos visto cómo repetían una y otra vez los compases que salían mal. Poca gente sabía que se estaban preparando. Para la mayoría resultó una sorpresa su aparición. Atrás quedaban muchas promesas incumplidas, muchos propósitos de primavera. Ahora se ha pasado a la realidad de los hechos. Y los hechos ahí están. Que, por fin, en Laguardia va a haber gaiteros, como los ha habido siempre. Y para ello se preparan estos jóvenes que se llaman los dos Juan Carlos y se apodian los dos López. Son primos segundos. Y cuentan para todo con la colaboración del tamborilero mayor de Laguardia, Francisco Gracia, «el Bastero».

#### VICEPRESIDENTE DE BODEGAS ALAVESAS

## ANGEL SANTAMARIA: «ESTE AÑO, ME NOS COSECHA PERO MEJOR CALIDAD»

Que el vino de Rioja está atravesando una situación francamente mala, para nadie es ya un secreto. Mucho menos para los viticultores riojanos que ven cómo su producto se va devaluando día tras día. Y así sin saber cuál puede ser el mejor remedio. El presente año se presenta con la misma incertidumbre de siempre, pero con una diferencia: que este año la uva va a resultar de calidad. Esta es la esperanza que abrigan todos los viticultores riojanos. Y con la mejora de calidad esperan la mejora del precio. De todo ello hemos querido dialogar con un viticultor que, además, es empresario. Es don Angel Santamaría Martínez, vicepresidente del Consejo de Administración de «Bo-

degas Alavesas, S. A.»-Solar de Samaniego.

—¿Qué tal la uva?

—Este año hay poca. No se puede ahora calcular con exactitud, pero hay bastante menos que otros años.

—La calidad?

—Se espera buena. Hay poca cantidad y, lógicamente, esto debe ir en beneficio de la calidad.

—Podemos hablar del precio?

—Eso no lo sé. Es de esperar que la uva valga más. Todos lo estamos deseando. Pero ocurre que las bodegas están a tope de vino. El vino de marca de calidad tiene poca salida. Hay indecisión en el mercado.

—Por qué los viticultores echan la culpa de lo que

ocurre a las grandes bodegas?

—No lo sé. Pero si no se vende el vino, las bodegas no pueden comprar. Es una cadena. Es necesario una mayor fluidez en la salida del vino, si queremos que el precio sea mayor. Lo que no se compra, no vale.

—Entonces, el precio?

—Depende de cómo esté el mercado del vino. Hemos atravesado una situación totalmente anómala. Si para el viticultor ha resultado malo, lo mismo ha ocurrido con las bodegas.

Que el mercado está mal es ya sabido de todos. Lo que habría que saber es cuál puede ser la solución para que el mercado cambie de rumbo. El señor Santamaría opina así:



Don Angel Santamaría, vicepresidente del Consejo de Administración de «Bodegas Alavesas, S. A.».

—Tiene que mejorar la exportación. Cuando hay venta abundante se puede comprar. Pero si el vino no corre y queda estacionado, ¿cómo se va a lanzar nadie a la com-

pra de un producto cuya venta es totalmente problemática?

—Entonces el mercado de exportación sigue igual?

—Se ha animado lige-

mente. Pero ello no da pie a sacar unas conclusiones exactas respecto al porvenir del vino y su mercado en esta campaña que se avecina.